



Basándose en el libro de John Reed «México insurgente», Paul Leduc ofrece en su película del mismo título (de la que incluimos este fotograma) una posibilidad de acercamiento y comprensión de la realidad de la Revolución Mexicana, «la primera grande del siglo XX».

## La realidad de la Revolución Mexicana

**C**UANDO se dice que los norteamericanos han inventado el cine refiriéndose a que sólo es posible narrar las historias en las claves establecidas por la industria de Hollywood, lo que realmente quiere decirse es que esa industria ha conseguido plantear un lenguaje —llamado «universal»— por el que, a través del espectáculo visual y la «tensión dramática», se desdramaticen realmente esas historias. Tendríamos un ejemplo de esto en las películas «históricas»: las grandes batallas, la consideración «heroica y legendaria» de los protagonistas, las victorias finales como definitivos «happy end» o, en su caso, los fracasos como mitologización de los héroes, han ido marginando en todo momento la posibilidad de entender en su auténtica dimensión política y humana las características de esas «páginas de la Historia». Esta no se construye sólo en base a momentos consagrables por el cine, sino por un proceso más dificultoso y gris.

**L**A revolución mexicana ha tenido en el cine varias oportunidades de ser tratada, y aunque aparezcan de vez en cuando títulos honestos —como el «¡Viva Zapata!», de Elia Kazan—, lo cierto es que en ninguna ocasión como en la película recientemente estrenada en España, «John Reed, México insurgente», de Paul Leduc (1971) se ha ofrecido una imagen tan poco «brillante» y «ejemplar» de esa revolución. Paradójicamente es aquí donde encontramos, por fin, una posibilidad de acercamiento y comprensión de la realidad de aquella revolución, «la primera grande del siglo XX», basándose en parte en el libro «México insurgente» (1) del periodista norteamericano John Reed, donde éste narra sus contactos con las tropas constitucionales, sus encuentros con Pancho Villa (con el que conviviera varios meses), su única visita al jefe reformista de la revolución, Venustiano Carranza y, en definitiva, su visión apasionada de una revolución que le prendió desde el primer momento. (Más tarde, John Reed se trasladaría a Rusia para vivir de cerca el proceso de la revolución; allí moriría, siendo el único norteamericano enterrado en la Plaza Roja de Moscú.)

Paul Leduc, sin embargo, no se limita a llevar el libro al cine. Las impresiones de Reed le importan sólo hasta un punto: el de reflejar una revolución que se hace día a día, dificultad a dificultad, personaje anónimo a personaje anónimo. Pero quiere utilizar la propia trayectoria de John Reed para, al tiempo, prescindir del tratamiento de «película histórica» y contemplar la crisis íntima de un personaje que como éste, se puede sentir privilegiado en tanto observador de una revolución que no es la suya. John Reed irá,

(1) Editado en España por Ariel, 1971.

sin embargo, pasando de esa contemplación exterior a un compromiso más concreto hasta, en la parte final de la película, decidirse directamente por empuñar un arma.

La inteligente combinación de Paul Leduc expresa de forma admirable las dos dimensiones de su película. De un lado, la contemplación de esa actitud íntima la transforma en un film actual donde puedan entender su propio caso espectadores de hoy. De otro, la necesidad de situar esa crisis en un ámbito real, determina su «México insurgente» como una película donde la auténtica historia es expresada con verosimilitud. Pancho Villa no será, como en films anteriores, un superhombre redicho y correctamente afeitado, sino el analfabeto temperamental que sólo puede entender las extrañas complejidades de la política con razonamientos elementales (su definición del tratado de La Haya sobre las «Reglas de la Guerra» es definitiva). Las batallas no tendrán el carácter sobrenatural de otras ocasiones, sino el adjetivo de escaramuzas donde la gente puede tener miedo. Y, por encima de todo, la unidad de unas tropas que luchan por su propio sentimiento de la paz —«La libertad es cuando yo puedo hacer lo que quiera; la paz es el respeto al derecho ajeno»— y de la justicia: «Sé bien que pelear es el último recurso a que debe apelar cualquier gente —pondrá Reed en boca del general Ortega, en su libro—. Sólo cuando las cosas llegan al extremo de no poder aguantar más, ¿eh? Y si vamos a matar a nuestros hermanos, algo bueno debe resultar de ello, ¿eh? ¿Ustedes, en los Estados Unidos, no saben lo que hemos pasado nosotros, los mexicanos! Hemos visto robar a los nuestros, al pobre, sencillo pueblo, durante treinta y cinco años, ¿eh? Hemos visto a los «rurales» y soldados de Porfirio Díaz

## EL SUEÑO DE PANCHO VILLA

**N**O deja de ser interesante conocer el apasionado ensueño, la quimera que anima a este luchador ignorante «que no tiene bastante educación para ser presidente de México». Me lo dijo una vez con estas palabras: «Cuando se establezca la nueva República, no habrá más ejército en México. Los ejércitos son los más grandes apoyos de la tiranía. No puede haber dictador sin su ejército. Pondremos a trabajar al ejército. Serán establecidas en toda la República colonias militares, formadas por veteranos de la revolución. El Estado les dará posesión de tierras agrícolas y creará grandes empresas industriales para darles trabajo. Laborarán tres días de la semana y lo harán duro, porque el trabajo honrado es más importante que el pelear y sólo el trabajo así produce buenos ciudadanos. En los otros días recibirán instrucción militar, la que, a su vez, impartirán a todo el pueblo para enseñarlo a pelear. Entonces, cuando la Patria sea invadida, únicamente con tomar el teléfono desde el Palacio Nacional en la ciudad de México, en medio día se levantará todo el pueblo mexicano de sus campos y fábricas, bien armado, equipado y organizado para defender a sus hijos y a sus hogares. Mi ambición es vivir mi vida en una de esas colonias militares, entre mis compañeros a quienes quiero, que han sufrido tanto y tan hondo conmigo. Creo que desearía que el gobierno estableciera una fábrica para curtir cueros, donde pudiéramos hacer buenas sillas y frenos, porque sé cómo hacerlos; el resto del tiempo desearía trabajar en mi pequeña granja, criando ganado y sembrando maíz. Sería magnífico, yo creo, ayudar a hacer de México un lugar feliz». (Del libro de John Reed «México insurgente». Editorial Ariel. Barcelona, 1969).





John Reed convivió varios meses con Pancho Villa, período del que extraería la parte central de su libro y que compone uno de los fragmentos más brillantes del film de Leduc. (La imagen muestra al dirigente revolucionario —en el centro, con sombrero— en Sabinas, Coahuila, en los días de su rendición.)

matar a nuestros padres y hermanos, así como negarles la justicia. Hemos visto cómo nos han arrebatado nuestras pequeñas tierras, y vendido a todos nosotros como esclavos, ¿eh? Hemos anhelado tener hogares y escuelas para instruirnos, y se han burlado de nuestras aspiraciones. Todo lo que hemos ambicionado era que se nos dejara vivir y trabajar para hacer grande nuestro país, pero ya estamos cansados y hartos de ser engañados...»

Con un tratamiento de documental y un sistema fotográfico especial —rodar en 16 mm. para luego «hinchar» a 35 mm. (formato «standard» de comercialización), con lo que la fotografía adquiere un «grano» especial, luego virado a sepia (2)—, «México insurgente» ofrece, desde sus primeras imágenes, esa visión casposa de la revolución. Este sencillo sistema ofrece una dimensión de la revolución mexicana más auténtica que todo el cine anterior y, por supuesto, más comprometida. Aunque no aparezcan en la película datos o circunstancias consideradas tradicionales en el proceso revolucionario, ni siquiera tratados en profundidad los problemas internos de la revolución —la discordia entre Villa y Carranza, por ejemplo—, ni ésta tenga un final concreto (caso de que lo haya tenido en la realidad), «México insurgente» es la mejor película realizada sobre este momento histórico por ofrecer, en sus simples imágenes, una perspectiva de la guerra revolucionaria que responde a la realidad —entre otras, a la realidad descrita por John Reed— y que sirve a una contemplación profundamente actual. ■ **DIEGO GALAN.**

(2) En algunas ciudades —como Barcelona— se exhiben copias sin este virado a sepia, con lo que la película obtiene un contraste fotográfico no coincidente con el original.



El contacto entre John Reed y Venustiano Carranza —al que vemos durante la «expedición punitiva»— fue mucho menos intenso que con Villa. Se redujo a una audiencia en compañía de otros periodistas norteamericanos donde, como refleja la película de Leduc, tuvo que limitarse a plantearle unas breves preguntas.